

Apertura del IV Centenario del primer Capítulo general de los Agustinos Recoletos

Homilía del Prior general

La Iglesia celebra hoy la fiesta de san Andrés. En el Evangelio hemos escuchado que Jesús caminaba por la orilla del mar; en ese momento, ve a Pedro y Andrés, y los llama mientras estaban echando las redes al mar. Ellos dejan las redes y le siguen. Más adelante, ve a Santiago y a Juan, que estaban en la barca repasando las redes junto a su padre. También los llama; los dos dejan a su padre en la barca y le siguen. A los cuatro, la llamada de Jesús les llega de tal modo al corazón que dejan su trabajo y a su familia para seguirle. Lo dejaron todo para seguir a Jesús.

A estos discípulos Jesús los enviará después a anunciar el Evangelio. Esta misión, con una imagen tomada del oficio que desempeñaban antes de ser llamados, se anticipa ya en el momento de su llamada: serán pescadores de hombres. Seguir a Jesús y ser pescador de hombres es arriesgado. San Andrés siguió a Jesús hasta entregar la propia vida en el martirio.

Estos pescadores a los que Jesús llamó y envió representan a los discípulos de todos los tiempos. Recordemos que el encuentro con Jesús movió a Agustín a pedir el bautismo y a servir a la Iglesia en comunidad de hermanos. La invitación de Jesús la percibieron, también, los agustinos que, en el Capítulo de Toledo de 1588, deseaban vivir una vida más evangélica. Y esta llamada se hizo camino y vida en aquellos agustinos recoletos que participaron en el Capítulo general de 1621. La llamada de Jesús resuena también hoy en nuestros corazones.

Jesús nos sigue llamando al pasar junto al mar de nuestra vida. Sus palabras inspiran amor y confianza; su mirada enciende también hoy nuestro corazón, para seguir a aquel y dejar todo. Nos llama y nos anima con la experiencia y la enseñanza de Agustín: suscita la inquietud en nuestro corazón, se hace deseo de vivir, de amar y de servir.

Jesús conoce nuestro corazón y nuestra vida; él nos llama, y nos envía también hoy. A través de la diversidad de vocaciones y caminos de la Iglesia, llama a la vida consagrada, al sacerdocio ministerial o al matrimonio. Nos llama y nos envía constantemente a jóvenes y mayores, a enfermos y fuertes; a todos nos quiere hacer discípulos y misioneros. Responder a esta llamada con sencillez nos hace sentir la alegría y la paz en medio de la fragilidad y la pobreza. Jesús nos llama a caminar junto a los hermanos de la comunidad, y con todo el pueblo de Dios.

Recordamos hoy con gratitud aquel primer Capítulo general que se celebró en Madrid del 16 al 30 de noviembre en el año 1621. Ayer, en la Biblioteca Nacional, hicimos memoria de aquel acontecimiento; hoy, con esta Eucaristía, abrimos el Centenario. Pidamos al Señor que nos infunda su Espíritu para que

también hoy nosotros respondamos con audacia y disponibilidad, como lo hicieron en aquel primer Capítulo general los agustinos recoletos. No tengamos miedo. El Señor está con nosotros.

Comenzamos este Centenario en el Monasterio de la Encarnación. Este monasterio fue fundado por la Madre Mariana de San José, en 1611; y aquí murió en olor de santidad, en 1638. La Madre Mariana vivió en el tiempo del primer Capítulo general. Las hermanas contemplativas contribuyeron a la fecundidad de aquel capítulo. A ellas, que están en el corazón de la Iglesia y de la Orden, les pedimos que nos acompañen con su oración.

Busquemos la inspiración en aquel primer Capítulo. El próximo año se celebrará el Capítulo general y los cuatro capítulos provinciales. Pidamos al Señor que sea un tiempo de gracia, para discernir su voluntad y para tomar decisiones que orienten la vida y misión de la Orden y de cada una de las provincias, los próximos años.

Este año del Centenario es una oportunidad para la oración, la escucha, el diálogo y el discernimiento. Busquemos escuchar la voz del Señor y las necesidades de nuestros pueblos. Que el Señor nos conceda escucharnos unos a otros en la comunidad, y ser sensibles al clamor de los pobres. Al finalizar esta eucaristía, con la oración escrita por el beato Vicente Soler en 1926, consagraremos la Orden a Nuestra Señora de la Consolación.

Este tiempo de gracia que hoy iniciamos está en sintonía con el proceso sinodal que vive hoy la Iglesia. En este camino que hacemos juntos hay tres palabras clave: comunión, participación y misión. Estas palabras son también necesarias en el proceso de revitalización carismática y evangelizadora que vive la Orden y la Familia agustino-recoleta. Los Capítulos nos abren nuevos horizontes de vida y esperanza; de nosotros depende secundar la acción del Espíritu, para participar en su preparación y acoger sus disposiciones. Pedimos la oración de toda la Familia agustino-recoleta.

Ante la oscuridad de la noche o las dificultades del camino, no olvidemos que el Señor se sirve de lo débil de este mundo para realizar sus planes. La revitalización carismática de la Orden surge de la sencillez del corazón y de la apertura al Espíritu Santo. San Agustín afirma: “Jesús, el Señor, que eligió a los débiles de este mundo para confundir a los fuertes, y congregó de todo el orbe de la tierra a su Iglesia, no comenzó con los emperadores o con los senadores, sino con unos *pescadores*” (s. 250,1).

Miremos al cielo, y miremos al mundo: el Señor sigue confiando en nosotros. El tiempo de Adviento nos invita a preparar los caminos del Señor. Soñemos juntos con san José, y con María abramos el corazón a la esperanza. Los que creen en Jesús no quedan nunca confundidos (*Rom 10, 9*).

Miguel Miró OAR

Real Monasterio de La Encarnación. Madrid, 30 de noviembre de 2021